

Lucio Gutiérrez y los escenarios de inestabilidad

por Adrián Bonilla, Subdirector de FLACSO-Ecuador

La elección de un coronel que se insubordinó a principios del año 2000 y precipitó un golpe de estado planeado por el alto mando militar y consagrado por la clase política tradicional ecuatoriana, abre un período de expectativas en el Ecuador: el Movimiento Indígena llega al poder en alianza con el candidato triunfante. En una sociedad racista, jerárquica y excluyente, sin duda, éste es un hecho inédito.

Esta elección se explica por el desgaste de las instituciones de la sociedad política, especialmente de los partidos, y es la consecuencia de la ineficacia de 24 años de gobernantes civiles en donde los índices de concentración del ingreso y inequidad aumentaron dramáticamente. A lo largo de estas dos últimas décadas, la economía nunca se equilibró, los servicios sociales están a punto del colapso y la obra pública se deterioró.

El gobierno del presidente saliente: Gustavo Noboa deja un déficit fiscal cercano al 10% del PIB, que es una cifra dramática en cualquier parte del mundo, el mismo que tiene que confrontarse con las ilusiones que despierta el Presidente electo, que se levantan alrededor de la posibilidad de que su gobierno establezca la política y la economía del Ecuador.

El nuevo Presidente ecuatoriano llega al poder como consecuencia de la popularidad alcanzada cuando, en su calidad de Subdirector de la Academia de Guerra del Ejército, moviliza desarmado en enero del año 2000 a sus estudiantes y profesores, todos militares con rangos de Tenientes Coroneles y Coroneles, y se suma a los líderes indígenas que habían tomado físicamente la sede del Congreso Ecuatoriano. El Presidente Mahuad estaba caído, pero el golpe se había producido antes, por decisión de una Junta de Generales y Almirantes, en el contexto de un país caotizado, en donde el mandatario no obtuvo respaldo alguno que evite su salida.

Dos años después, el Coronel que se insubordinó, sin haber conocido los designios de sus superiores, es elegido Presidente. Había ganado la primera vuelta con el 20% de la votación, la más baja alcanzada por candidato alguno que haya triunfado en la primera ronda. Gutiérrez fue respaldado por una coalición formada por su propio partido (Sociedad Patrótica), constituido ad-doc para las elecciones, en donde militan ex-militares, amigos íntimos y parientes, por el brazo político de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, el movimiento Pachakutik, y por el Movimiento Popular Democrático, que es el único partido marxista - leninista que sobrevive en el Ecuador.

Las fuerzas que respaldaron al nuevo Presidente construyeron una alianza electoral, pero en rigor no son una alianza gubernamental. No hubo un proyecto político de carácter ideológico que lo inspire. La coalición se levantó sobre la confianza personal, el

conocimiento mutuo de los protagonistas y las expectativas de réditos políticos que tuvieron los participantes.

En el nuevo escenario el presidente Gutiérrez enfrenta la oposición de los partidos tradicionales del Ecuador, que controlan el Congreso, y ha tenido que establecer un programa de estabilización económica que contempla un alza de combustibles y de impuestos, para poder obtener recursos con los cuales pagar a maestros, policías, soldados y empleados de la salud, a quienes el anterior gobierno quedó debiendo varios meses de sueldo.

Gutiérrez tiene dos dificultades adicionales. No goza de la confianza de los empresarios ecuatorianos, aunque por el momento tampoco le son hostiles. Los gremios productivos que en el Ecuador son regionales, han sido siempre muy activos la política, jugaron un papel central en las caídas de los Presidentes Mahuad y Bucaram, a los que terminaron oponiéndose ferozmente. En el contexto internacional, su figura se parece demasiado al estereotipo de Chávez, aunque ambas personas sean distintas, y los procesos políticos de los dos países también. El Presidente ecuatoriano es visto con cautela por el Departamento de Estado.

Los partidos políticos tradicionales ecuatorianos no se renovaron, abandonaron las ideologías y se anquilosaron sobre estructuras de dirección en donde los personajes son inamovibles. Terminaron dominados por la sombra de caudillos omnímodos que se perpetúan desde hace más de veinte años y han sido los epítomes de la exclusión. Clubes cerrados de viejos amigos que detentan o ambicionan poder.

La crisis política ecuatoriana que comenzó en 1994, con la destitución del vicepresidente Dahik, parece no tener fin. Dados los antecedentes recientes de la política ecuatoriana, el riesgo de volver a vivir escenarios de inestabilidad persiste. No sólo porque el próximo gobernante es un extraño al *establishment* económico y político, y eso lo hace estructuralmente débil, sino porque tanto los actores elitarios cuanto aquellos que intentan representar a los sectores subordinados de la población, no han tenido proverbialmente actitudes leales al juego democrático.

Enero de 2003.